

LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA (1937) DE
Á. VALBUENA PRAT PASO A PASO (III): REVISIÓN Y
DECADENCIA DE UNA OBRA “MÁS HUMANA QUE
ERUDITA” (1946-1968)¹

DAVID GONZÁLEZ RAMÍREZ
Universidad de Málaga

Title: Á. Valbuena Prat's *Historia de la literatura* step-by-step (III): review and decline of a work "more human than scholarly"

Abstract: The unedited correspondence exchanged between G. Gili i Roig and Á. Valbuena Prat allows us to discover important details about the genesis and the intricate editing process of the innovative *Historia de la literatura española*, originally published in 1937. This submission (the third one of five) analyzes in detail the material conditions of each reviewed and expanded edition. Also, it examines the suspicious combination of urgency, promises and excuses that were produced in each re-edition in order to derive in a single *Historia* that led to a weak and disenchanted reflection of a brilliant project that it began to be.

Key words: Ángel Valbuena Prat. Gustavo Gili i Roig. History of Literature. Letters. Edition. Civil War. 20th Century.

¹Este trabajo representa la tercera entrega de una serie que verá la luz en cinco partes en las que he narrado el origen y las peripecias de la *Historia de la literatura española* de Valbuena Prat desde su prehistoria (1931) hasta la edición póstuma que cuidaron A. Prieto y P. Palomo (1981-1983), apoyándome fundamentalmente en el epistolario cruzado entre el historiador y los diferentes responsables de la empresa editorial, al que acudiré en numerosas ocasiones para desarrollar esta parte; este material documental se encuentra depositado hoy en la sede barcelonesa de la editorial Gustavo Gili. Respetando el título original del que ahora ve la luz, en *Revista de Literatura*, LXXVI, 152, págs. 403-423, se ha publicado la primera entrega (“Origen y resultado de un proyecto editorial”) y en el *Bulletin of Spanish Studies* (2015) la que precede a la que el lector tiene en sus manos “La edición encubierta de la posguerra (¿1939?)”. En ellas me apoyaré puntualmente para evitar la repetición de argumentos y explicaciones allí dadas (por lo que es imprescindible su lectura). De las dos que continúan y completan este proyecto, una verá la luz en *Crítica Hispánica*, XXXVII, 1 (“Composición y reescritura (1946-1968)”), mientras que la otra se ha adelantado y ha aparecido en *Il Confronto Letterario*, LXI, 2014, págs. 113-153 (“Complementos y revisión final”). Como todas las partes que contiene este plan de trabajo en entregas, también esta se acoge a las líneas de investigación del Proyecto “Recepción y Canon de la Literatura Española en el siglo XX” (MICINN. Plan Nacional I+D+i. FFI2013-43451-P), cuyo investigador principal es J. Lara Garrido (Universidad de Málaga).

Instado por la noticia sobre la “depuración de funcionarios públicos” que había aparecido en el BOE, Ángel Valbuena Prat (1900-1977) regresó de su exilio inglés a su ciudad natal, Barcelona, en abril de 1939 para firmar su declaración jurada e iniciar los trámites con el propósito de ser rehabilitado en su Cátedra; en ese justo momento se abrió un dilatado y fatigoso proceso administrativo durante el cual se le impidió ejercer su magisterio en las aulas de la Universidad. En torno a 1942, con el expediente de regulación aún por resolver definitivamente, pero ya con una intención clara de ser readmitido en la universidad española,² desde los órganos de poder se contactó con el encausado —según noticias personales que han llegado hasta mí a través de la familia— para brindarle la posibilidad de elegir una de las dos cátedras que en ese momento estaban vacantes y que correspondían a las universidades de Valladolid y Murcia. VP optó por este último centro, cuyos datos administrativos arrojan claras evidencias sobre el lugar que ocupaba en el panorama universitario español a principios de la posguerra: el número de matriculaciones era exiguo y, en comparación con otros centros, la oferta académica del de Murcia no era demasiado amplia.

A VP se le expulsó de una Cátedra en la Universidad de Barcelona obtenida por oposición en 1931 y de la que apenas había podido disfrutar; los dos años que pasó en Cambridge (1933-1935), la salida a finales de 1936 con destino a Reino Unido, el clima de tensión y violencia durante el curso académico 1937-1938 y la marcha forzada a finales de ese año nuevamente a Cambridge (periodo durante el cual otros profesores tuvieron que ocuparse de su docencia), son razones suficientes para sostener que el joven catedrático

²Es preciso hacer aquí una breve indicación para explicar que en 1940 el juez instructor Gómez del Campillo le impuso a Valbuena Prat la sanción máxima que podía aplicarle, es decir, solicitó la expulsión definitiva del cuerpo del funcionariado. Sobre esta diligencia abierta contra el historiador versa la entrega II de este trabajo. Siguiendo el criterio de las partes precedentes, en esta también abreviaré el nombre del historiador de la literatura por sus apellidos (VP), así como el de Gustavo Gili i Roig (GG), que falleció en 1945, y el de su hijo, Gustavo Gili i Esteve (GG').

tico fue obligado a abandonar un centro universitario en el que solo pudo desarrollar mínimamente sus inquietudes culturales y en el que no logró alcanzar uno de sus sueños académicos: crear una escuela de estudios filológicos. Llegado a Murcia, VP contempló con cierta resignación cómo había arribado a un centro que distaba mucho de las aspiraciones académicas que concurrían en el de Barcelona. Pero lejos ya de sus pretensiones profesionales, el centro en el que recaló, como organismo público, estuvo también férreamente vigilado por algunas personalidades muy afectas al régimen. El puesto de rector estuvo ocupado hasta 1944 por Jesús Mérida Pérez, que al ser ordenado obispo de Astorga, fue sustituido por Manuel Batlle, procurador en Cortes durante la dictadura y persona afecta al régimen; por su parte, Luciano de la Calzada, exdiputado del grupo CEDA tras las elecciones de 1933, era por aquellas fechas el decano de la Facultad de Letras.³

Sin embargo, regresando al eje vertebrador de la investigación que sostiene este trabajo (el desarrollo de la *Historia de la literatura española* en su contexto editorial), no fue en esta ciudad levantina cuando GGj le planteó a VP revisar y poner al día su obra mayor. La primera carta de este periodo que nos sale al paso en la documentación archivada en la editorial Gustavo Gili data de finales de 1942.⁴ En este año VP permanecía en Barcelona a la

³Ya en Murcia, VP se preocupó por enmendar, al menos administrativamente, lo que entendió como una condena inmerecida. Consiguió, con la ayuda de ciertas personalidades influyentes, que fuese absuelto; el 15 de mayo de 1946 apareció la orden en la que se le consideraba “depurado sin sanción alguna”, Orden de 28 de marzo de 1946, *B. O. E.*, 15 de mayo, 135, pág. 4125. Sobre la Universidad de Murcia, remito a la monografía clave de M^a. E. Nicolás Marín, *Instituciones murcianas en el franquismo (1939-1962). Contribución al conocimiento de la ideología dominante*, Editora Regional de Murcia, 1982. Ahora también hay que tener en cuenta las pesquisas ofrecidas por J. Claret Miranda en el capítulo “Las universidades de Valencia y de Murcia”, contenido en su libro *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006, págs. 319-345.

⁴Como ya adelanté en la parte II, la correspondencia epistolar entre el autor y el editor quedó abruptamente interrumpida en 1935, aunque no es difícil sospechar que se dilató al menos durante algunos años más, sin que hoy se conserven materiales durante estas hipotéticas fechas. Siguiendo las pautas de trabajo ya establecidas en esta investigación en

espera de una resolución ministerial que no tardaría en aparecer. El editor tenía mucho interés en sacar al mercado esta segunda edición, y ya a principios de mayo de 1943 [R: 13-V-1943], VP le escribía a GG desde Murcia para asegurarle que estaba “trabajando en la revisión y adiciones a mi *Historia de la Lit. Española*, de su Editorial, con objeto de poder terminar mi labor en la época que le indiqué”.

Las cartas de esta época de posguerra no son demasiado abundantes en razones de contenido y extensión sobre la reedición de la *Historia*, por lo que es fácilmente imaginable, debido a la atmósfera represiva durante este periodo, que los detalles derivados de la edición serían tratados personalmente. El resultado de la segunda edición descubre sin timideces el carácter de las conversaciones privadas que habrían mantenido en Barcelona autor y editor: era preciso corregir todas las partes discriminadas por el juez, como la visión de la España imperial (la influencia de Erasmo o la visión alicaída de Felipe II que tanto había desazonado a Gómez del Campillo), pero fundamentalmente había que matizar muchos puntos referidos a autores contemporáneos y poner especial atención en las valoraciones vertidas sobre las últimas manifestaciones literarias surgidas durante la guerra y la posguerra. La última parte de la obra, en consecuencia, corría el riesgo de convertirse —como finalmente ocurrió— en una apología de los escritores más apegados al poder.

Además de estas correcciones y adiciones más que convenientes, VP se dedicó a equilibrar su obra en ciertas partes, pues la descompensación que había en el texto del 37, por ejemplo, entre la literatura dramática del Siglo

proceso, cuando las cartas carezcan de datación, acudiré —y así lo señalaré— bien a los datos que figuren sobre la fecha de recepción (R:) o contestación (C:) de los respectivos corresponsales, bien guiándome por otros datos orientativos según el contenido (*ca.*). En la transcripción de las cartas he corregido las erratas evidentes, he uniformado el uso de mayúsculas y minúsculas (principalmente en los títulos de obras citados), he retocado la puntuación cuando ha sido preciso y he modernizado la ortografía conforme a las normas académicas vigentes.

de Oro y el resto de la historia literaria (reprochada por algunos reseñistas) era notoria. Enmendó también algunos pormenores erróneos que deslucían la edición anterior y reescribió ciertos pasajes del texto con visibles mejoras. A lo largo de los dos tomos, el historiador hizo un enorme esfuerzo para que tuviese sentido su propuesta original de *addenda et corrigenda*, aunque esta labor y sacrificio tuvo un claro sesgo pronacionalista. En este orden, estudió y justipreció con delicadeza aquellas obras literarias de autores que estaban próximos al ámbito político-religioso, que fueron destacados en dos epígrafes: “Los poetas de tema sacro” (1946, II: 1106-1110) y “La literatura de religiosos” (1946, II: 1110-1115).⁵ Íntimamente relacionado a estos subcapítulos está el que le dedicó a “Los poetas de temas de Guerra” [1946, II: 1115-1117], donde reunió a aquellos autores afectos al régimen que entonaron la épica de la reconquista.⁶

⁵No hay que obviar, pese a todo, que el conflicto bélico le asestó un duro golpe a VP, que sufrió una crisis espiritual, hecho que plasmó en su libro poético *Dios sobre la muerte* (1939); en la introducción a su *Antología de la poesía sacra* (1940) también se rastrean motivos relacionados con su reencuentro con la fe perdida. Con el fin de evitar la cita recurrente a las diferentes ediciones de la obra mayor de VP, todas publicadas por Gustavo Gili, en adelante pondré entre paréntesis el año, el tomo, la página y —si fuese necesario— la nota.

⁶Por el contrario, resulta destacable —aunque apenas deja lugar a la sorpresa— que aquellos apartados en los que ya había abordado en 1937 a autores que posteriormente se habían exiliado apenas fueron retocados. Juan Chabás, en su *Literatura española contemporánea, 1898-1950*, invitaba a confrontar la primera y la tercera edición de la obra de VP para que el lector pudiese advertir el ensalzamiento de la “nómina franquista de la literatura”, ennobleciendo a escritores “tan poco representativos” que habían sido precipitadamente convertidos en “insignes modelos de la literatura contemporánea en España”; cito por la reciente edición al cuidado de J. Pérez Bazo, Verbum, Madrid, 2001, págs. 661-662. M. Campos F. Fígares y G. Núñez Ruiz, *Cómo nos enseñaron a leer*, Akal, Madrid, 2005, contrastan otras observaciones de VP relativas a escritores que brotaron con la entrada de la dictadura entre la primera y la tercera edición de la *Historia de la literatura española* de VP. Sin embargo, se pasa por alto que esos cambios que afectan a los falangistas menores de la corte de José Antonio están ya en la segunda edición, pues la tercera se basa en su predecesora principalmente, y en esta se introdujeron algunas adiciones al final para poner al día la obra.

Por tanto, esta segunda edición, que empezó a comercializarse a inicios de 1946, aunque en ciertos aspectos completa y mejora algunas lecciones de la anterior, no puede entenderse como una obra absolutamente imparcial y autónoma, pues resulta incontestable que la severa correctiva que llevó a cabo en los capítulos finales de la *Historia* y en otras partes muy concretas a lo largo del texto fue motivada por la represión franquista, llegando a obliterar en demasiados epígrafes el juicio mantenido en 1937. Desde esta revisión a fondo de la *Historia*, VP “fue añadiendo y revisando el [texto] ya impreso en las sucesivas ediciones”,⁷ sin retocar demasiado la literatura anterior a la contemporánea. En este sentido, analizaré en las páginas que siguen el proceso de evolución de la obra y su mecánica de desarrollo. Básicamente se reduce a las recomendaciones que GGj hacía frecuentemente a VP para que no modificase esta parte de la obra, con el fin de no desencajar la compaginación del volumen, pues ello provocaba irremisiblemente una recomposición del material y, en definitiva, gastos adicionales; cuando el autor contravenía esta norma implícita, se veía obligado al mismo tiempo a sacrificar su texto original, prescindiendo de antiguas citas literarias o abreviando algún párrafo.

Esta práctica editorial, mantenida en todas las reediciones de la obra salvo en la octava y última, hacía periclitar el deseo que tenía su autor de mantener modernizada su *Historia* en todas sus facetas; el efecto más inmediato que tuvo fue la manifiesta desactualización bibliográfica que acusó el texto en la parte que abarcaba desde la Edad Media hasta principios del siglo XX. Indirectamente, también contribuyó a este anquilosamiento el hecho de que algunas de las ediciones que se anunciaron con su correspondiente ordinal no eran propiamente tales. De las ocho ediciones de la *Historia de la literatura española*, en rigor hasta tres de ellas fueron reimpresiones: la cuarta

⁷P. Palomo y A. Prieto, “Historia de una *Historia* y evocación de Ángel Valbuena Prat”, *Monteagudo*, 5, 2000, págs. 13-27 (la cita se localiza entre las págs. 24-25).

(1953), que presentaba como novedad más de un centenar de ilustraciones, la sexta (1960) y la séptima (1963). A las demás (1946, 1950, 1957 y 1968) sí pudo prestarles la debida atención crítica VP, que las revisó, corrigió y amplió (aunque no con el mismo tesón ni ofreciendo resultados parejos). Las causas que motivaron estos hechos son varias y de diferente complejidad, y a lo largo de este trabajo tiempo tendré de explicarlas al detalle y evaluarlas; pero sintéticamente podríamos decir que el empuje ilusionador que VP le imprimió a su *Historia* en la segunda edición quedó entumecido en cada reedición de la obra por las continuas recomendaciones del editor para que evitase retocar toda la creación literaria anterior a las generaciones vivas. GGj entendió durante un largo periodo que la obra podía rentabilizarse sin necesidad de mantener en toda su extensión la *Historia* viva, actualizada y permanentemente renovada. Desde 1946, y con los agravios de la posguerra todavía en la memoria, se genera la historia de un desencanto, se produce un grave desencuentro entre los intereses comerciales del editor y la fascinación intelectual del autor con respecto a la *Historia de la literatura española*. La deriva que tomó esta relación, cada vez más tormentosa, se proyectó directamente sobre la obra, que en cada nueva edición se presentaba más deshilvanada y con más desgarmo en su modo y en su estilo.

Pese a estos considerandos, hay que puntualizar que el diálogo mantenido por el autor y el editor a través de sus cartas cruzadas obliga a rectificar en más de un punto el relato que se ha vulgarizado en torno a la reedición de la *Historia de la literatura española* de VP. Algunos testimonios indirectos y ciertas opiniones expresadas por el propio VP habían favorecido la creación de una versión equívoca, inexacta e incompleta en la que se señalaba al hijo del fundador de la editorial como un oportunista editor que se benefició de las penosas circunstancias por las que el autor estaba atravesando durante la posguerra y que además traicionó por entero el pacto establecido entre el historiador y su padre (es decir, el de dar vida a un

proyecto en el que en cada nueva edición de la obra se saldarían cuentas con la más reciente literatura y se corregirían los capítulos anteriores en conformidad con la bibliografía última y los nuevos hallazgos). Por su parte, VP cumplía en esta historia apócrifa una función que se ha visto muchas veces repetida en las relaciones entre autores y editores: la del escritor hostigado por las exigencias leoninas del editor, al que —para perfilar mejor la comedia de enredos— le vende sus derechos en un momento de asfixia económica.

La lectura reposada de este diario de a bordo a dos voces humaniza la supuesta figura depredadora de GGj, quien, sin perder nunca de vista sus intereses comerciales, tampoco desatendió totalmente la calidad histórico-crítica de la propia *Historia*, siempre en riesgo de caer destronada en un mercado que paulatinamente crecía en competencia. Para ello le otorgó a la obra unas condiciones óptimas de distribución, intentó mantenerla renovada, aportando soluciones prácticas para evitar entorpecer demasiado el crecimiento natural del texto, y trató de no defraudar económicamente al autor (pese a las insatisfacciones que este manifestaba continuamente). Aunque todo redundaba en su propio beneficio —el éxito de la obra también era el suyo propio—, se entenderá a través de las cartas que sacaré a colación cómo GGj mostró una paciencia casi infinita para que VP asimilase el ritmo y el proceso de edición, pero el malestar por las limitaciones impuestas y por los insuficientes honorarios no permitieron que el historiador —que nunca aceptó de buen grado la gestión sobre su obra— se adaptase a esta falta de libertad. Por su parte, la lectura del epistolario constata a su vez los serios inconvenientes que gradualmente fue encontrando VP para cubrir un panorama literario que se hacía menos asumible día a día para atenderlo con criterio y suficiencia. El abrumador número de autores y títulos que a partir de los años cincuenta desbordó el mercado editorial fue abriendo una enorme grieta —más exagerada en cada nueva edición— en la *Historia*, inevitable pese al esfuerzo que VP quiso hacer.

En la correspondencia desde esta segunda edición y hasta llegar a la octava y última, publicada en 1968, resalta por encima de todo el tortuoso proceso editorial que experimentaba la reedición de una obra, “corregida y aumentada”, que alcanzaba en su versión original casi dos mil páginas. No hubo una sola vez en la que la previsión de tener lista y preparada la *Historia* en una fecha determinada se cumpliese. La operación en cada reedición siempre era la misma; desde la editorial se le remitía a VP el original pegado en grandes folios para que redactase de forma limpia y clara en sus márgenes las correcciones y adiciones que se debían llevar a cabo. Estos pliegos iban a parar directamente a la imprenta, que ya tenía preparado el material del texto correspondiente a la literatura hasta el siglo XIX —según el sistema fotomecánico extendido en la época para este tipo de labores: *offset*— para trabajar de la forma más eficiente y abaratar así los costes. La composición del nuevo texto daba lugar a las primeras pruebas, que VP corregía a veces con gran agitación, porque en la imprenta habían malentendido muchas de sus anotaciones. Revisadas por VP estas galeradas, se volvía a repasar en la imprenta los últimos detalles y le devolvían las pruebas compaginadas, es decir, la versión definitiva, en la que generalmente el autor no pasaba de corregir alguna errata o cierto descuido leve. A partir de aquí, normalmente, se preparaba la composición del paratexto: el índice general, el onomástico y el de obras, incorporado este último a partir de la tercera edición.

Este proceso a veces se dilataba mucho más de un año, porque a medida que se iban tirando los tomos primero y segundo (en el caso de la tercera edición y siguientes; la segunda edición contó con dos volúmenes, al igual que la primera), VP iba trabajando en las adiciones del último; la atención que le prestaba a su obra para completarla generaba continuos retrasos en la entrega de los capítulos finales, lo que provocó en cierta ocasión la puesta en venta de los tomos ya editados —en contra de los deseos de GGj— para mantener su espacio en el mercado editorial y evitar la suplantación

por otra obra (principalmente en el escenario universitario) de similares características. En este sentido, las tensiones entre el editor, que solicitaba con ahínco que las pruebas les fuesen remitidas a la mayor brevedad, y el autor, nunca satisfecho con la terminación de un texto al que le quería incorporar siempre las últimas novedades literarias, eran constantes en los periodos en que se iba a lanzar una nueva edición. Así, con todo, cuando alguna edición se agotaba fugazmente, GGj acudía a reimprimirla vendiéndola como una nueva “edición”, pero sin el falso marchamo de “corregida y aumentada”, evitando con ello los perjuicios que las moratorias de VP le causaban y beneficiándose también de no tener que remunerar la labor de revisión, con el consecuente enojo de VP, que se enteraba a posteriori de estas decisiones editoriales y manifestaba su natural enfado.⁸

PRISAS, PROMESAS Y PRETEXTOS: “LO MEJOR ES ENEMIGO DE LO BUENO”

Para agilizar las laboriosas tareas editoriales, durante la fase de composición de la segunda edición GGj le aclaró a VP [17-V-1945] que sería conveniente “establecer un ciclo de trabajo ininterrumpido con la imprenta”, para lo cual era forzosamente necesario que el autor devolviese “a la mayor brevedad las partidas de galeradas según se las enviamos, [...] lo mismo en la composición, que en la corrección, compaginación y tirada, cosa que nos interesa en gran modo, por el retraso con que llevamos su libro”. Las consecuencias de la guerra impidieron que el texto del 37 se agotase en un corto periodo de tiempo, con lo que el proceso de corrección y ampliación se lle-

⁸En esta entrega me centraré en los tiras y aflojas entre el editor y el autor: las razones de uno para acelerar el proceso de edición y las justificaciones del otro para explicar sus retrasos; los extractos de las cartas cruzadas entre GGj y VP que seleccionaré servirán para entender con mejores atributos los diferentes factores que intervenían en el complejo y a veces laberíntico proceso de reedición. Reservaré para la continuación de esta parte el análisis de las secuelas que, tanto en forma como en contenido, resultaban de estas disensiones entre los intereses del editor y del autor, así como abordaré las soluciones provisionales que iban adoptando en cada nueva revisión.

vó a cabo sin apremios. El restablecimiento de la universidad española y el crecimiento de alumnos matriculados favoreció que esta segunda edición se distribuyese a un ritmo inesperado, por lo que a inicios de 1949 [7-I] GGj le insistía a VP en que era “de urgencia dar a la imprenta” nuevamente la obra corregida y aumentada, porque no convenía “en lo posible tener una obra de esta índole agotada, pues al ser suplantada por otro texto se pierde en muchos casos la posibilidad de reponerla nuevamente”.⁹ Seguía en esta interesante carta reparando en los detalles de lo que iba a suponer afrontar la tercera edición de la *Historia*:

Dado que la edición actual apareció en octubre de 1946,¹⁰ creemos que el primer tomo debería poderse reeditar a base de una simple reimpresión, naturalmente, enmendando alguna posible errata observada, o añadiendo algún pequeño dato que no estorbara la compaginación del libro, a fin de evitar el enorme trastorno que supone el hacer nuevos índices.

En cuanto al segundo volumen, comprendemos que a pesar del cortísimo período de dos años y medio que ha tardado la edición actual en agotarse, es posible que en ella quepa en la parte contemporánea aumentar algún nombre y enriquecer la bibliografía de otros; pero esto no sería inconveniente para que pudiéramos inmediatamente dar el primer tomo a la imprenta, pues su composición, corrección y compaginación es cosa que requiere su tiempo, dadas las mil y pico páginas que abarca y la lentitud con que se trabaja hoy día a causa de las fuertes restricciones eléctricas que sufrimos.

Al solicitar VP que se mantuviese el mismo método empleado para la segunda edición, desde la editorial [21-II-1949] se le aconsejó que podía añadir

[...] en los márgenes de dichas hojas [...] las adiciones y modificaciones que juzgue convenientes, si bien abrigábamos aquí el deseo de que las mismas no fuesen esta vez numerosas, pues dado que la edición actual apareció en 1946, pensábamos que aparte del período contemporáneo, 1898-1945 y

⁹Este argumento preventivo sería reiterado en el tiempo por GGj para evitar retrasos por parte del autor.

¹⁰En realidad, en esta fecha, pero de 1945, se terminó de imprimir el primer tomo, aunque la obra completa no comenzó a distribuirse hasta inicios de 1946 (si bien, GG admitió la petición de VP para que a las librerías de Murcia llegase el primer tomo con antelación y que sus alumnos pudiesen adquirirlo como apoyo de sus clases).

que ahora podrá extenderse a 1949, lo demás quedaría casi invariable. Naturalmente que todo lo que sea mejorar la obra nos interesa indiscutiblemente, pero deseáramos compaginar tales adiciones con el reducido tiempo que tenemos para hacer esta edición, sobre todo teniendo en cuenta la extremada lentitud con que a causa de las restricciones eléctricas, trabajan los talleres.

El apremio que GG revelaba en esta carta tenía como finalidad evitar que la obra fuese sustituida en “los centros docentes”, por lo que —según continuaba diciendo en la misma carta— se vio impulsado

[...] a dar ya el primer tomo directamente a la imprenta, en la suposición de que en la época Medieval y los comienzos del Siglo de Oro no tendría V. esta vez grandes aportaciones a efectuar. Con el primer volumen, los impresores tienen ya labor para ir desarrollando de momento, y aunque nuestra aspiración es que el mismo pueda seguir página por página la edición precedente, a fin de no tener que rehacer el índice alfabético, que implica una labor muy considerable, no quiere ello decir que no pueda V. aportar algún nuevo dato bibliográfico, etc., si bien cabría entonces hacer tales adiciones suprimiendo una cantidad equivalente de letras, acortando alguna frase para que pudiéramos conservar la misma compaginación, sistema que nos permitiría salvar los índices en cuestión.

En el caso de que creyera V. indispensable añadir algún nuevo texto en el volumen primero, trataríamos de que abarcara un número entero de páginas, con lo cual lograríamos no tener que hacer de nuevo los índices actuales, añadiendo solamente la cantidad de páginas adicionadas.

Es notorio que GGj, quería tener, invirtiendo los recursos justos, la mejor obra en el mercado. La dinámica de trabajo creada por la editorial provocaba normalmente una cascada de reacciones que iban desde la imprenta hasta el autor: el retraso en la entrega de las correcciones generaba las primeras reclamaciones de la imprenta a la editorial, y consecuentemente de esta última al autor (que al tiempo que corregía pruebas del primer tomo tenía que adicionar el último). En una dilatada carta, GGj [28-VII-1949] le razonaba a VP la premiosa situación por la que atravesaban, debido en primer lugar a las severas restricciones eléctricas que estaban sufriendo los

sectores de producción comercial,¹¹ y le insistía con redoblados argumentos en que se debía trabajar de forma coordinada para evitar más parones:

La imprenta nos continúa apremiando, pues son muchos los kilos de metal que va teniendo invertidos en el primer tomo, ya totalmente compuesto. Les convendría, por tanto, recibir cuanto antes mayor número de pruebas corregidas por usted [...], a fin de empezar a proceder a la tirada de tales pliegos que le permitirían fundir nuevamente el metal tipográfico para invertirlo en composición sucesiva.

Sin embargo, de primordial urgencia nos resulta recibir de usted el original corregido del segundo volumen; si no lo tuviera V. terminado, por lo menos en una primera parte, pues suponemos que las correcciones de cierta importancia recaerán más bien en la época contemporánea, que es precisamente la final. De lo contrario los talleres Grijelmo, de Bilbao, donde se imprime el libro, a partir de esta última entrega que ha hecho cerrando el primer volumen, no puede componer ya ni una sola página más, lo que es muy lamentable porque en la actualidad en la zona norte no sufren todavía las restricciones eléctricas en la magnitud que las que padece el centro y levante, aunque es de suponer se les agrave también la situación. [...] Esto sin aludir a que disponen ya del papel que nos ha obligado a un fuerte desembolso y que la edición actual se ha agotado ya totalmente, siendo peligroso tardar demasiado tiempo en reeditarla, sobre todo a la entrada de curso [...].

El despliegue de argumentos utilizados por GGj para persuadir a VP de que debía preparar con la mayor urgencia el material para la nueva edición es destacable en esta carta. Incluso para prevenir más demoras e incentivar al autor, le rogaba en esta misma carta que hiciese un último “esfuerzo” para alcanzar los objetivos editoriales previstos (esfuerzo que sería correspondido con una compensación económica).¹² Las adiciones para el

¹¹ Este asunto, que es reiterativo en el proceso de la tercera edición, apareció por vez primera mencionado por GGj [22-VII-1945] mientras se estaba componiendo la segunda edición.

¹² Algunos meses después, alargaba GGj sus medidas de presión; en esta ocasión, el editor le trasladó literalmente a VP las insistencias de la imprenta para que no tardase en enviar el resto del material que estaban esperando [31-X-1949]: “Copiamos a continuación, en confirmación de nuestras indicaciones un párrafo de la carta que nos ha remitido la imprenta de Bilbao al efectuar su último envío de pruebas: “Teniendo verdadero interés en terminar urgentísimamente la impresión del presente tomo, les agradeceremos procuren devolvernos cuanto antes las pruebas en su poder, para seguidamente efectuar la tirada de los ejemplares por Vds. solicitados””.

segundo tomo no tardaron en llegar; dado que eran muy abultadas, y que el número de páginas de cada volumen —según estaban distribuidos en la segunda edición, donde ya sobrepasaba el millar— haría poco manejable a lectores y estudiantes la *Historia*, GGj ideó una repartición en tres cuerpos. Era evidente que pensando en la comodidad del lector, la redistribución permitía hacer más fácil el trato de cada tomo, pero GGj también pretendía darle nueva vida a una obra que llevaba ya más de diez años en el mercado. Con el paso de dos a tres volúmenes, se lograba también un evidente impacto publicitario, pues el aumento en el número de páginas aparentaba ser mucho mayor en una edición en tres tomos. En carta a VP [11-VIII-1949], GGj le consultaba la conveniencia de sacar adelante este plan y le explicaba la extraordinaria salida que podía tener (que en último término repercutiría directamente sobre los beneficios económicos de ambos): “Además, la obra en tres volúmenes adquiriría una fisonomía bien distinta de las dos primeras ediciones, lo que quizás aconsejaría a los poseedores actuales de la primera edición, cuando menos, su sustitución por la tercera más ampliada y puesta al día”.

Cuando VP recibió las pruebas ya compaginadas de los capítulos que formarían los dos primeros tomos y de la parte del tercero que alcanzaba hasta el Modernismo y la Generación del 98, el historiador debió de realizar un importante número de correcciones, pues GGj [16-XI-1949] se vio obligado a rechazarlas justificando que en estos apartados las adiciones serían mínimas y siempre aprovechando los espacios en blanco en los finales de capítulo:

[...] le recordamos que hasta la página 683, esto es, la última del tomo II, habíamos convenido que no podrían introducirse grandes cambios ni substituciones que pasasen de birlés de fin de capítulo. Un aumento de una página como el que ahora usted nos ha introducido entre las págs. 352 y 353 haría baldío y completamente inútil todo el trabajo que tenemos hecho de los índices y nos retrasaría aún más el trabajo ya tan lamentablemente retrasado.

Por consiguiente, le devolvemos las pruebas de las páginas 341-354, hoy recibidas, con el ruego de que tenga a bien tachar el texto añadido que usted considere prudente a fin de incluir las nuevas substituciones dentro de los límites a que antes nos referíamos.

Es en el original del tomo III (a partir de la página 401 del actual vol. II) donde convinimos en que usted añadiría y retocaría sin perjuicio para la imprenta ni peligro de obstaculizar la edición, bien entendido que esto se refería al original, pues en las galeradas ya le rogábamos hiciera las enmiendas con un criterio lo más restringido posible.

Naturalmente esto le causó un enorme enojo a VP [C: 25-XI-1949], que atribuía a un malentendido sus adiciones en una parte de la obra señalada previamente para no ser alterada, y se lamentaba de que tuviese que suprimir “tanto lo referente al teatro mitológico de Lope, como a la cuestión de *La Estrella de Sevilla* —no tratado en los textos de mi 1.^a y 2.^a ed.—”, por lo que GGj le sugería como solución intermedia que se incluyesen “unos apéndices al fin de toda la obra, para casos como estos”. Por su parte, VP, que por estas fechas no daba abasto para corregir y adicionar el texto paralelamente, también le proponía al editor que para aventajar tiempo se mandase el tercer tomo a imprenta, y que sobre las galeradas él insertaría los añadidos. Esta solución no entusiasmó a GGj, que exasperado le respondió [25-XI-1949] al historiador en otra llamada de atención lo que copio a continuación:

En cuanto a la composición del tomo III, cuyo COMPLETO ORIGINAL esperábamos recibir ya revisado por usted en el pasado octubre, nos sorprende que ahora, finalizando noviembre, nos diga que podemos dar a la imprenta “hasta la página 912, que cierra el pliego correspondiente”. ¿Cómo hemos de hacerlo, si no hemos recibido dicho original? ¿Significa esto que tampoco tiene listo el original desde dicha página 912 hasta la 1163, que es la final? Confirменos en su próxima carta lo que haya de cierto en esto.

Recuerde que antes del 21 de febrero, con fecha del día 12 le enviamos todo el original del II tomo de la segunda edición pegado sobre grandes cuartillas para que en ellas hiciese las correcciones. Visto el perjudicial retraso que se producía, enviamos a la imprenta la parte de dicho original que había de completar el II volumen de la nueva edición, o sea hasta la página 400 del volumen segundo de la anterior, con el resultado que usted está viendo de retraso, correcciones y gastos de imprenta. ¿Habremos, pues, de continuar ahora la misma pauta en quinientas páginas más, es decir, hasta la referida 912, como usted nos recomienda?

No lo consideramos prudente. Si usted depositó ya este original en Correos como nos hace suponer su telegrama del 19 de octubre, que dice:

“Confirmo tomo tercero espero galeradas segundo cordialmente Valbuena”

aunque no muy categóricamente, vale más esperar. Si no es así, nuevamente le suplicamos nos lo vaya mandando, a medida que lo rectifique, en pequeñas partidas de cincuenta cuartillas, por correspondencia ordinaria, y no como paquete postal de original de imprenta, porque, de este modo, ni dentro de seis meses terminaremos la edición.

Rogándole que en su próxima carta nos aclare BIEN EXPLÍCITAMENTE cuál es la situación del original a que nos venimos refiriendo, quedamos de usted attos. y ss.ss.

VP [2-XII-1949] mantenía que debía imprimirse “*todo el tomo III*, pues lo que se añade será un capítulo más (al final) más los apéndices”: “No comprendo el problema de que me hablan, pues *siempre tendrán que mandarme pruebas de imprenta*. Si hay alguna adición, irá al fin de cada capítulo, o se tratará de erratas, *para lo que precisan las pruebas*”. Obrar de esta forma no le parecía lo más idóneo a GG, pues creía que la idea de “enviar el original del III tomo a la imprenta sin adicionar previamente” no era la más “aceptable”, y además tampoco consideraba que las “innovaciones” pudiesen

[...] limitarse a llenar los blancos de final de capítulo, sino que aun hechas con toda parsimonia, han de ser tan extensas que nos obligarían a recorrer toda la compaginación y a rehacer muchas páginas como está sucediendo en el segundo tomo con un encarecimiento innecesario del coste de la obra que no necesitamos ponderarle.

Es lamentable que no nos haya hablado usted con mayor claridad antes y que hayamos ido despistados desde hace diez meses que le enviamos el original para preparar el que era segundo volumen. Ahora el daño no tiene más remedio que el que usted quiera ponerle trabajando con mayor ahínco. [...]

Nuestro punto de vista es no mandar ningún original del volumen tercero sin que previamente esté adicionado por usted. En las galeradas no podemos admitir más correcciones que las erratas que se produzcan.

En este sentido, le rogamos ponga su mejor buena voluntad para que a la mayor brevedad y de un modo periódico vayamos recibiendo tantas de cuartillas de dicho III tomo, para que, simultáneamente, vayan trabajando en la imprenta, sin dejar de mano la corrección del segundo del que solo faltan 60 galeradas, y nos interesaría apareciese en febrero cuando más tarde.

Nunca imaginé que con tantos meses de anticipación como le anunciamos a usted la necesidad de proceder a una nueva edición no tuviera a estas

fechas ya preparadas las ampliaciones del vol. III. Por favor haga un esfuerzo dedicando a ello todo el tiempo necesario.

[Manuscrito] *Confío en que durante las próximas vacaciones universitarias tratará de ponerse a flote con las pruebas anteriores y el original del 3er vol. No creo pueda Vd. achacar lo que ocurre a que le hayamos sorprendido pidiéndole todo esto en el último instante, pues en febrero hará un año que nos dirigimos a usted con nuestra demanda!!*

Finalmente, la idea de incorporar unos apéndices al término de la obra, aunque en un primer momento fue del agrado de GGj (“Esta idea de los apéndices nos parece una excelente solución para obviar estas dificultades de tiempo, espacio y coste del libro” [25-XI-1949]), más tarde fue el propio VP [II-1950] quien consideró que no eran “necesarios”. Tras las exhortaciones de GGj, el historiador se apresuró a ultimar el material, que debió entregar en los últimos meses del año; si bien, parece que en la imprenta no se trabajó con toda la pulcritud que VP hubiese deseado (en parte, porque su manuscrito sería casi ilegible en algunos lugares), pues al recibir las galeradas del tercer tomo de esta edición (que por decisión editorial y para ahorrar tiempo no iban acompañadas de sus propias correcciones) el autor comenzó a ver tales disparates que no pudo contener su rabia, acrecentada por no haber recibido conjuntamente su original manuscrito. En su carta [III-1950] advertía con enorme desesperación que había

[...] salido tal cúmulo de disparates en todo cuanto he añadido a mano, que tengo que revisar cuidadosamente *todo*, pues al no mandar el original, que yo envié, junto a las pruebas, no puedo adivinar dónde faltarán las cosas tan extraordinarias que me imprimen (por ejemplo leer *negros* en vez de *moros* —como así corrijo—). A M. Pidal le ponen *junglaresca* por *juglaresca*. . . !!!! ¡Ojo! en 605, nota. Es, como yo pongo: *Al Andalus*.

Mándenme —es preciso— el *original junto a las galeradas del capítulo último*, pues me temo lo que sería *irremediable* sin el original, pues muchas obras no son mías y no obran en mi poder.

Se explica ahora las razones intrínsecas que provocaron que esta tercera edición saliese entre 1949 y 1950 (fecha de publicación del tercer tomo). Sin duda, los pormenores que descubren estas últimas cartas supusieron una

importante fractura en la relación entre el catedrático de literatura y el editor catalán, que con el paso del tiempo, y con ciertos hechos que a lo largo de este trabajo quedarán revelados, fue aumentando. Hasta llegar a la octava y última edición cuidada por VP (1968), en la que quiero ser pródigo en detalles, porque representa un intento frustrado por alisar las diferencias que durante tantos años se habían generado, hubo otros malentendidos que provocaron ciertos agravios, como los que afectaron a la primera versión ilustrada de la obra (1953), comercializada como cuarta edición, o los que tuvieron lugar tras la aparición de la sexta y séptima edición (que en realidad fueron dos reimpressiones). Antes de ocuparme de la última edición (a la *Historia* ilustrada merece que se le dedique un apartado independiente) anotaré sumariamente un par de cuestiones en torno a las dos reimpressiones citadas, así como a la quinta edición, que, como antecedentes directos de la versión de 1968, explican en cierto sentido los tiempos y los modos en los que se desarrolló la última edición cuidada por VP.

A mediados de 1955, y ante el prolongado silencio de VP (que no contestó a la última carta remitida por la editorial, sin duda contrariado por la problemática que había envuelto a la edición ilustrada de la obra), GG [8-VII-1955] le escribió con firmeza al historiador, “a fin de evitar todo confusionismo”, para explicarle con detalle y sin evasivas la conveniencia de reanudar “pacientemente” el diálogo truncado y revisar el tercer tomo de la *Historia* para sacar adelante la quinta edición:

El señor Cirlot nos ha indicado, sin embargo, que pensando en una nueva tirada de la obra en cuestión, sugería usted para ello un prólogo que podría ser de numeración distinta al texto del tomo I, para hablar de “Los orígenes de la lírica española” y por cuyo sistema de compaginación cabría efectuar la reimpresión del resto del tomo II incluso del III hasta la parte Contemporánea por sistema fotomecánico “offset”, lo cual simplifica enormemente el asunto. En el volumen III las 401 páginas finales, que abarcan a partir del periodo Contemporáneo 1898-1945 o sea, desde el capítulo 69 que empieza con Rubén Darío y el Modernismo, cabría corrigiera usted cuanto le parezca oportuno haciendo adiciones, agrupando datos y referencias sobre un mismo

autor que aparecen ahora en diversos lugares y con cuya mejor ordenación parece ser indicó usted saldría ganando el texto.

[...] Respecto al tiempo, podemos concederle un margen de 5 meses para llevar a cabo su labor, periodo que consideramos muy holgado.

Desearíamos sinceramente que esta vez se dignara darnos una respuesta u otra sobre el particular, para lo cual le damos ya como plazo irremisible el recibir sus noticias dentro del mes en curso. Pasado este plazo y aun sintiéndolo mucho, dado que le formulamos tal pregunta en nuestra ya referida carta del 21-12-54, obraremos con toda libertad en cuanto a dar la revisión a otro autor en virtud de la facultad que nos asiste según el mismo artículo 9º de nuestro contrato.

No sabe usted, estimado señor Valbuena, cuánto lamento verme obligado a escribirle en esta forma, debido, desde luego, a la sistemática falta de contestación que ha otorgado usted a nuestros últimos escritos, actitud que francamente solo podemos atribuir a un mal entendido por parte de usted. Confiamos, sin embargo, que la presente merecerá una respuesta y tras la revisión para la edición actual podremos tratar del volumen dedicado a la Literatura Hispanoamericana [...].

Aunque he transcrito la versión original de esta carta, GGj debió releerla y antes de enviarla decidió tachar, por su aspereza, la parte señalada en cursiva, dejando la redacción final de la siguiente forma: “Confiamos, sin embargo, que la presente merecerá una respuesta que le agradeceríamos no demore y tras la revisión para la edición actual [...]”. Por aquella calenda VP estaba acabando su monumental *Historia del teatro español*, que vio la luz finalmente en 1956, y estaba también compaginando su consuetudinaria labor docente e investigadora con la publicación de otros escritos de dimensiones menores como prólogos, artículos, etc. Su compromiso con universidades, profesores y alumnos nunca cesó, pero sus moratorias e incumplimientos se hicieron cada vez más habituales precisamente por su generosidad al asumir tan diferentes tareas. Una carta personal rescatada entre los materiales personales de VP revela a un mismo tiempo su natural generosidad para la colaboración junto con los irremisibles aplazamientos que habitualmente afrontaba. Una de sus alumnas por aquellas fechas, Carmen Escribano de León, que empezaba a hacer sus primeros pinitos en poesía, recibió la cálida atención de VP, que le prometió prologar su libro. Retrasándose en la entre-

ga de las páginas preliminares, la joven escritora se vio conminada a dirigirse al profesor en estos términos [8-VII-1956]:

Le escribo estas líneas para notificarle que el libro de poemas está impreso desde hace un mes, desde la página 17, en espera del prólogo que usted me prometió hace varios meses.

Si no fuese así me habría resignado a que el libro saliera sin su prólogo, cosa que lamentaría más por la desilusión de que usted hubiese dejado de acompañar esta obra mía, que por otras circunstancias de índole profesional y del prestigio de su firma.

Pero es el caso que el libro está tirado en la imprenta, y el editor me apremia para terminarlo, es un problema que sólo usted puede resolver, puesto que no lo vamos a comenzar desde la página 17.

Es realmente penoso que esto haya llegado a ser una molestia para usted y un disgusto para mí, puesto que no me gusta molestar a las personas que estimo de veras, como me sucede en su caso. Pero el libro está manco en espera de su prólogo: ¿qué hacemos con él?

Las amargas lamentaciones de Escribano de León son de un gradiente similar a las de GGj cuando VP no contestaba a sus cartas o pasaba sobre ascuas por asuntos de importancia en sus contestaciones.¹³ Este ejemplo traído a colación, por las fechas en las que VP estaba trabajando en la actualización y revisión de su *Historia*, es sumamente esclarecedor para entender hasta qué punto el catedrático de literatura no dejaba de atender reclamaciones y asumir por su cuenta compromisos filológicos que irremediamente retrasaban la revisión de su obra principal. En cualquier caso, el proceso de corrección y actualización en esta ocasión no fue tan borrascoso como en la vez anterior, principalmente porque VP se dedicó solamente a revisar el periodo contemporáneo, dejando prácticamente intacto todo lo que antecedía a las últimas tendencias del siglo XIX.¹⁴ De hecho, el “prólogo” al que se refiere el editor en esta carta no llegó a redactarse, pues VP optó por eliminar

¹³El libro de la joven alumna finalmente apareció ese año con prólogo del historiador: *Vibración*, Ediciones Rumbo, Barcelona.

¹⁴Por una carta de GGj enviada mucho más tarde [11-XI-1965] a propósito de la nueva edición que se iba a afrontar, sabremos con precisión que en esta quinta edición se añadieron “bastantes notas a los finales de capítulos, agregando 34 páginas tipográficas nuevas en el volumen I, 78 en el II y 34 en el III”.

al final del primer capítulo una cita de R. Lapesa sobre el español arcaico y sustituirla por el mismo número de líneas pero comentando que “el gran descubrimiento en torno a los comienzos de la Literatura castellana se halla en diversos cantares aljamiados, exhumados por los orientalistas” (1957, I: 20).¹⁵

Aunque durante el periodo de revisión de esta quinta edición tampoco se cumplieron los pronósticos del editor, GGj no endureció su palabra contra VP, quien se preocupó más que en ocasiones anteriores en no descuidar su trabajo. Aunque las cartas son más escasas en número y menos pródigas en explicaciones que en otras ocasiones, por una referencia del propio VP en la octava edición de su obra sabemos que durante el proceso de corrección de pruebas de esta quinta edición también quedaron fuera de sus adiciones algunas notas que había remitido: “Por un descuido editorial, no apareció la referencia a este autor [José María Souvirón], en mi anterior edición con agregaciones, aunque había enviado mi apunte, en las segundas pruebas; lo cual dio lugar a una incidencia con el autor, que algún día contaré. Realmente, los dos teníamos razón” (1968: IV, 852, n. 2).

Esta edición se agotó rápidamente, y aprovechando que hacía muy poco tiempo de la última puesta al día del autor, que además pasó dos cursos académicos (1958-59 y 1959-60) en la Universidad de Tulane, GGj decidió, sin tener en cuenta su voluntad sobre el caso, reimprimir la obra y comercializarla como “sexta edición” en 1960. A partir de estas fechas, la correspondencia comienza a escasear, y las cartas que existen en el archivo son referentes a cuestiones que no atañen directamente a la revisión de la *Historia de la literatura española*. Al no tener constancia epistolar, debemos imaginar que VP le trasladaría personalmente a GGj su desaprobación ante esta última maniobra. El historiador entendía que solo se podía justificar

¹⁵El subcapítulo al que se refiere GGj en esa carta, que se acabó rotulando “Las jarchas en la prehistoria de la literatura hispánica”, se incluyó en la octava y última edición como broche al capítulo primero (1968, I: 21-24).

el marbete que acompañaba a esta versión (“sexta edición”) si se incluía un apéndice en el texto que ya estaba puesto a la venta incorporando un sumario panorama sobre las últimas novedades literarias. A principios de 1962 [9-II], GGj le escribía para indicarle que estaban a “la espera del original del pequeño Apéndice que usted nos ofreció para el III volumen de la edición actual de nuestra *Historia de la literatura*, a fin de que el mismo quede un tanto más actualizado y en consonancia con la realmente errónea indicación de “sexta edición revisada y ampliada”. Aunque en realidad la “sexta edición” no apareció con la especificación de “revisada y ampliada”, se pretendía con este arreglo poner una segunda emisión en el mercado para aliviar las quejas de VP. El historiador no tardó esta vez en responder, pero para aclararle sin encogimiento [18-II-1962] que “el apéndice para esta ed. lo haré en cuanto tenga tiempo, pues aún estoy con mi colaboración en las *Lit. Hispánicas*, que dirige Díaz-Plaja”.

Tal capítulo adicional nunca llegó y GGj, al revisar sus fichas de ventas, volvió a contactar con VP al año siguiente [14-II-1963] para precisarle que “la edición actual [...] se nos va ya agotando”. Con ocasión de iniciar los trámites editoriales para poner en marcha la séptima edición, GGj le volvía a sugerir que evitase “la transformación a fondo de la última parte del último tomo”, y le proponía que se conformase

[...] con redactar uno o dos nuevos capítulos de complemento que expusieran el desarrollo de la expansión de las letras hispanas en el periodo 1957-1963 [...], pues así podríamos imprimir más rápidamente la obra. Nos convendría tener dicha edición para junio próximo.

Si usted considerase absolutamente imprescindible alguna otra aportación en cualquier tomo, podríamos acudir al procedimiento del “mosaico” si, como es de esperar, estas adiciones fueran muy breves, en bibliografía, finales de capítulo, etc. Entonces dejaríamos para una próxima edición estructurar más profundamente las renovaciones de la época actual.

También le adelantaba ya en estas fechas que dadas las dimensiones que estaba adquiriendo la obra se podría mantener en tres tomos momentáneamente, “a base de usar un papel más fino, pero es posible que en la

próxima edición dividamos un volumen en dos tomos para mayor manejabilidad”. VP no tomó en consideración esta carta, probablemente porque vio inadmisibles tener en pocos meses retocada la obra y también porque entendería que con estos términos el editor privilegiaba el índice de ventas sobre la calidad crítica del texto. Por primera vez el autor no se sometió al mecanismo de revisión y ampliación que hasta ese momento había aceptado con reservas. GGj, ante el silencio del historiador y para evitar interminables procesos como en reediciones anteriores, no vaciló en mandar una reimpresión de la obra sin corrección alguna (en octubre de ese mismo año ya estaba distribuyéndose), pese a que incurrió en la misma contradicción que en la anterior ocasión, pues se acabó comercializando como una nueva “edición”. Es manifiesto que esta fórmula le aseguraba mantener la vigencia en el mercado de una obra que —según sus sospechas— estaba en permanente peligro de exclusión por reemplazo.

Resulta notorio que el revés sufrido por las condiciones planteadas en la edición ilustrada (a la que le dedicaré un extenso epígrafe en la parte IV de este trabajo por entregas), las exigencias que tuvo que asumir para solventar los arreglos de la quinta edición y estas operaciones últimas a partir de las cuales la obra salió varias veces reimpressa, generaron en Valbuena cierta antipatía hacia su *Historia de la literatura española*, expresada además en algunos lugares de otros libros suyos pocos años más tarde. Este escenario de silencios, tensiones y destemplanzas es el que precede al dilatadísimo proceso editorial en el que se vio envuelta la octava edición de la obra. Las cartas que se concentran en torno a esta última revisión quintaesencian en buena medida la suerte de eventualidades que atravesaba la obra desde que se decidía emprender una reedición hasta que finalmente se ponía en venta, con el sinnúmero de adversidades que solía presentarse durante el proceso editorial, donde nunca faltaban prisas, promesas, pretextos.

A finales de 1965, GGj [11-XI] recurrió a VP para plantearle la necesidad casi imperiosa de cuidar una nueva edición ampliada y actualizada de la *Historia*:

La última vez en que procedió usted a una revisión del texto, fue en la edición que apareció en abril de 1957, hará por tanto ya unos 8 años [...].

Le agradeceríamos tuviera usted la amabilidad de indicarnos qué índole de correcciones desearía llevar a cabo en la edición actual, para saber con antelación si podremos reimprimir por el sistema offset, por lo menos los volúmenes primeros, recomponiendo tipográficamente de nuevo solamente el III, o si, por el contrario, cree usted indispensable rehacer los tres si su actualización así lo exige.

VP [22-XI-1965] aprovechó esta oportunidad para dejar por su parte claro que creía imprescindible realizar una “revisión total” de la obra, y se resignaba a considerar cómo “desde la 2ª. ed., ya bien lejana, sólo al fin de capítulo se han hecho adiciones, casi exclusivamente bibliográficas sobre materias que han sido algunas totalmente renovadas en los últimos veinte años”. El historiador aprovechó la ocasión que por primera vez le brindaba el editor para posicionarse en favor de su *Historia* y en beneficio propio, porque además de matizar que la obra requería una actualización de sus “puntos de vista, algunos diversos de los del primer estudio”, a VP le parecía “razonable que se hiciese un nuevo contrato a base de un tanto por ciento para el autor”. La estrategia de VP en los últimos años de abandonar prácticamente por completo su proyecto historiográfico tenía un claro cometido: procurar que no se sostuviese en el mercado y obligar así al editor a que se replantease el procedimiento editorial que había venido practicando en las últimas revisiones. Con ello VP pretendía dignificar el trabajo de muchísimos años y salir compensado con las ganancias que su obra le estaba reportando a la editorial. Si bien, GGj [3-XII-1965] veía inviable “la posibilidad de extender un nuevo contrato, pues ello implicaría tener que rescindir el vigente, cosa que, como usted comprenderá, no puede interesarnos bajo ningún aspecto”;

matizaba, por su parte, que en una próxima entrevista podrían concretar los términos económicos para asumir el acuerdo.¹⁶

Parece que las condiciones propuestas no fueron del desagrado de VP, pues a principios del año siguiente [23-I-1966] le confesaba que le hacía “ilusión que la obra de toda mi vida aparezca renovada”, y le solicitaba que, según la práctica que ya habían establecido, le enviase los pliegos para empezar a corregir desde “los primeros capítulos de mi *Literatura*”, con el fin de “ponerla al día” íntegramente. También le anunciaba que le enviaría un “‘Prólogo’ o ‘preliminar’ a esta edición totalmente renovada, en que procuraré que la ‘puesta al día’ pueda ajustarse al texto impreso actual” (finalmente VP desestimó esta idea, y la octava edición apareció, como todas las demás, sin páginas introductorias). No desaprovechó la ocasión VP para expresarle su “dolor” por “no participar en las ganancias conforme a lo que la obra supone”. Sin embargo, según se desprende de esta carta de VP, el editor catalán, además de la suma económica con la que trató de desagraviar al historiador (100.000 ptas.), le prometió un importante porcentaje (a modo de “compensación”) para una obra historiográfica que tenía en mente llevar a cabo VP y cuyo proyecto acababa de presentarle; se titularía *Literatura española contemporánea*, y empezaría a darle “forma una vez terminada la obra general”. Resulta notorio que por esos años sus ilusiones no corrían parejas a sus fuerzas.

Después de sopesar seriamente el asunto, GGj volvió a escribirle [2-II-1966] a VP, en una carta que apenas tiene desperdicio, para dejar constancia por escrito del acuerdo al que habrían llegado en la entrevista citada. En esta ocasión el editor creía justo actualizar la obra completa, pues “durante una serie de años [...] solo de vez en cuando remozábamos la parte contemporánea del último tomo, introduciendo muy pocas enmiendas en

¹⁶Para la parte concerniente al contrato de edición (asunto que se recuerda en una carta que sacaré a colación en seguida), es indispensable tener en cuenta la primera entrega de esta serie.

el resto de la obra”. La idea de llevar a término esta operación, que implicaba rehacer prácticamente de nueva planta la *Historia*, tenía como objetivo determinado sacarle al texto el máximo partido económico en los siguientes años, como justifica GGj en la siguiente carta (de la que extracto por su interés gran parte):

[...] creo es necesario que proceda usted ahora a ponerla al día con la máxima holgura, sin cortapisas de si las alteraciones permitirán o no algún pliego a ser reimpreso en offset. Ello es muy problemático que esta vez pueda realizarse en forma mixta [*sic*], pues la última vez que se hizo en composición tipográfica, tengo entendido que fue en los Talleres Gráficos Grijelmo, de Bilbao, empresa que hoy se ha orientado en otra forma y muy posiblemente no disponga ya de este mismo tipo, aparte de que para la mayor fluidez en las correcciones, preferiríamos hacerlo en una imprenta de Barcelona, o si acaso de Madrid. Así es que le repito hágalo usted a su entera comodidad. [...]

Es de suponer que el actual arreglo y modernización de su obra permita reeditarla por lo menos unas tres veces sin tener que proceder a retoques de importancia en los dos primeros volúmenes. Cuando consideremos de interés actualizar nuevamente la parte contemporánea, nos pondremos de acuerdo para ello estipulando entonces el precio de tal trabajo.

Respecto al ofrecimiento que usted nos hizo para la publicación de un volumen al margen y totalmente independiente de su referida *Historia de la literatura española*, y que será una *Literatura española contemporánea*, le aceptamos su sugerencia y gustosos le ofrecemos un 15 % de derechos de autor sobre el precio de venta del libro en rústica. Creo que, con el prestigio de usted y el interés con que, sin duda alguna, tratará el tema de la obra, pueda constituir un franco éxito, con lo que celebraremos supere usted el hecho de no percibir ganancias complementarias de la *Historia de la literatura española*, cuyos derechos vendió usted en propiedad absoluta.

Para nuestro buen gobierno le agradeceremos nos indique para cuándo más o menos nos podrá entregar este nuevo original, cuya publicación por parte nuestra no nos corre prisa.

En cambio, la revisión y modernización de la *Historia de la literatura española* sí es de suma urgencia, pues quedan ejemplares como hasta octubre del corriente año, fecha un tanto fatídica por ser precisamente el momento culminante de entrada de curso en que es más solicitado el libro y más peligroso puede resultar el no disponer de él en tal época. Ya en noviembre último le empecé yo a hablar de esta nueva edición revisada, habiendo transcurrido casi tres meses! Por otra parte recuerdo dijo usted recientemente lo muy ocupado que estaba ahora en ésta, si bien en verano es cuando podría dedicar a ello todo el tiempo necesario. Por consiguiente, a base de ello y en el mejor de los casos, tan solo podríamos recibir nosotros su trabajo terminado para fines de septiembre, época en que precisamente nos habríamos quedado ya sin existencias de la actual edición. Se me ocurre, pues, preguntarle, si vislumbra usted posibilidad de poder sincronizar en un más amplio periodo de

tiempo, su entrega paulatina de original revisado, con la composición tipográfica, de cuya corrección más usual ya sabe usted podemos ocuparnos con la necesaria garantía para usted. Puesto que en los dos primeros volúmenes tiene que haber forzosamente mucho texto a aprovechar y realmente pocos añadidos o cambios, tal vez si pudiera usted hacer la revisión de estos dos primeros volúmenes en 4 ó 5 meses, cabría todavía acometer a fin de verano la entrega del original del 3er volumen a la imprenta, con lo cual tan sólo este último tomo quedaría rezagado para la entrada de curso, lo que nos permitiría sacarlo a posteriori, aunque la experiencia nos ha demostrado es un sistema un tanto perturbador y difícil de controlar.

Desearíamos, estimado señor Valbuena, nos contestara sobre este particular con un sentido lo más realista posible para poder establecer nuestra programación y evitar tener la obra agotada al iniciarse los cursos. Si prefiere usted poder disponer para su trabajo de una holgura bien superior, así como de un año o año y medio de plazo, entonces cabría también hiciéramos una nueva reimpresión offset más bien corta y tan solo como “puente”. Aunque ello comercialmente no resulte muy interesante, lo haríamos con mucho gusto tratándose de su *Historia de la literatura* y para facilitarle a usted la mayor comodidad en la ejecución de esta revisión.

Pese a las urgencias que GGj nuevamente mostraba para tener preparada la obra en pocos meses, por el temor de que se agotase, VP no aceptó en modo alguno que su *Historia* se volviese a reimprimir por tercera vez consecutiva. En esta ocasión incumplir los plazos previstos no suponía ningún apuro para el historiador frente a la posibilidad de continuar viendo su obra anticuada y desfasada.

El trabajo a partir de estas fechas empezó con un buen ritmo, pero diferentes proyectos que también tenía emprendidos (como la reedición de su *Historia del teatro español* para Noguer, que nunca llegó a ver la luz, aunque el original quedó terminado en enero de 1967 —fecha de su prólogo— y fue entregado a imprenta) y principalmente la esperanzada ilusión que tenía de que esta nueva edición fuese íntegramente renovada y actualizada, supusieron un enorme lastre a la hora de entregar a tiempo el material. Casi dos años más tarde, VP [13-I-1968] se excusaba por el lamentable retraso “en acabar las últimas páginas de mi *Literatura*, tomo III”, pero el hecho de que “cada vez” saliesen “más poetas, novelistas, etc.,” prorrogaba irremisiblemente el trabajo crítico. Puesto que procuraba “que la obra quede

bastante al día”, prometía enviar, “a lo más tardar, en una semana el resto. Así y todo, creo convendría un apéndice, como se hace en otras obras, que añadiría lo que hiciese falta desde la ‘generación del 27’”.

Los ruegos y las exigencias del editor para que VP diese a término pronto su original se repiten también en el tramo final de esta última edición revisada por su autor; GGj [6-VI-1968] se veía en la obligación, como en anteriores años, de rechazar “nuevos añadidos que usted ha redactado para el vol. III de la *Historia de la literatura*”, pues “parte de los mismos afectan a unos pliegos que están ya impresos”. Aquellos textos “relativos a páginas en galeradas” tratarían de meterse “con calzador donde convenga, si bien como aparecen diariamente libros nuevos en el mercado será preciso que usted se ponga un tope, pues, de lo contrario, no terminaremos nunca”.¹⁷ GGj, ante los continuados silencios de VP y sus reiterativos retrasos, volvía a apremiar al autor (más de dos años después de iniciar los trámites para preparar esta nueva revisión) para que ofreciese el original del texto lo antes posible:

Ante ello sí que me veo obligado a darle un toque de atención en el sentido de que si no nos apresuramos, no es que no tengamos el libro en junio como usted indicaba, pero ni tan sólo para la entrada del próximo curso, lo cual exige tenerlo listo hacia el 10 de septiembre con unos 15 días previos para proceder a la encuadernación, lo que ya nos sitúa al 25 de agosto, pero como las imprentas en dicho mes están en plan de vacaciones, hay que ultimar *totalmente* la corrección e impresión durante el corriente mes y el próximo, pues, le repito, agosto resulta prácticamente inhábil. Ante lo expuesto vea como no nos queda tiempo para demorarlo más y hay que poner una limitación a la inserción de nuevos textos, pensando en lo muy acertado de “lo mejor es enemigo de lo bueno”.

Le ruego, pues, muy encarecidamente, que nos devuelva cuanto antes lo que tenga para nosotros y por nuestra parte atosigaremos a la imprenta para que no se duerman, ya que sería catastrófico que encima de haber tenido la obra agotada una serie de meses, iniciáramos el curso sin disponer todavía de la nueva edición, cosa que, en realidad, temo pueda sucedernos.

¹⁷Quizá una de esas notas que el editor resolvió meter “con calzador” sea la referida a la labor de Manuel Muñoz Cortés, que tenía un espacio en la quinta edición de la obra y que en la última revisada y puesta al día vio cómo las agregaciones fueron a parar incoherentemente debajo de una nota al pie donde comentaba la aportación a la literatura de costumbres de Correa Calderón (1968: IV, 1087, n. 4).

Según había ocurrido en anteriores ocasiones, a medida que los pliegos de los primeros volúmenes se estaban compaginando, nuevos añadidos de VP llegaban a la editorial. Para el proceso de impresión esto suponía rehacer íntegramente las pruebas compaginadas y revisar el índice completo, que se iba componiendo a medida que los tomos se terminaban. El editor [11-VII-1968], sin embozos, atajó con severidad el asunto y rechazó de plano estas últimas adiciones:

Hemos recibido algunos textos para añadir al tomo III de la *Historia de la literatura española* (mejor dicho, para insertar), acerca de lo cual debemos decirle:

Dado que casi toda la obra ya está impresa y el resto compaginado está corregido y dispuesto a entrar en máquina, amén de la prisa que tenemos en que quede lista toda la obra ya que se acerca rápidamente octubre, nos es completamente imposible incluir en el lugar que le corresponde cada una de las añadiduras recibidas.

Tenemos también confeccionadas las fichas del índice (un buen montón de miles de fichas), por lo que insertar los nuevos temas nos llevaría una eternidad, puesto que habría que intercalar nuevas fichas y cambiar la numeración de muchas de ellas por los recorridos sufridos en muchas páginas. Por todo ello, comprenderá Ud., que solo nos mueve el afán de que la obra (los 3 tomos) se puedan poner a la venta a principios del próximo curso de la universidad.

Vemos una solución si Ud. condensa todo el texto que nos ha remitido en unas 8 ó 10 páginas, podremos hacer un Apéndice entre el final actual de la obra y el principio del ÍNDICE, limitándonos a citar y a una somera explicación [*sic*] de los autores que Ud. ajunta, con una aclaración al público acerca de la imposibilidad física de incluir todas las obras y autores que aparecen constantemente, ya que una publicación de este tipo sería siempre inacabada.

Este apéndice podría ampliarse en una próxima edición, sin necesidad de volver a componer de nuevo todo el libro, cosa que como ha podido Ud. comprobar, resulta largo y pesado.

Cada plazo marcado en esta octava edición se iba incumpliendo a medida que la responsabilidad caía en el historiador, cuyos proyectos paralelos y otros trabajos académicos, junto con el cada vez más desbordante panorama literario, no favorecían que atendiese con la suficiente serenidad *la obra de toda una vida*. Existía una separación casi insoldable entre el deseo de ver relucir su obra como en aquella edición de 1937 (todo un elogio a la

historia literaria) y una realidad editorial que durante más de dos décadas había resquebrajado la brillantez y la originalidad de este proyecto historiográfico, que fue en un primer momento orgullo de su autor y alabanza de los lectores.

Trabajando a uña de caballo, y con los reclamos del editor cada vez más sonoros, no pudo VP por más que recortar sus propósitos y remitir a varias obras que tenía en proyecto o ya rematadas para acortar plazos y evitar demoras.¹⁸ Pese a esto, en fechas tan tardías como septiembre de 1968, VP continuaba incorporando adiciones a su obra; así, se permitía citar una reseña aparecida en las páginas de *La Vanguardia* de un poema de J. E. Cirlot, del que aportaba su fecha exacta (1968: IV, 1097, n. 1), o anunciaba el reciente fallecimiento de León Felipe, que terminó sus días el 18 de septiembre de ese mismo año (1968: IV, 834). No deja de ser curioso que el historiador, resignado a admitir las consignas de GGj, dejase constancia en su propia *Historia* de estas desavenencias con el editor. Al repasar una obra de F. Contreras Pazos, *Cuando la semilla muere intacta* (1956), añadió marginalmente una nota con la que cerraba su crítica (1968, IV: 1090): “Para más ironía, el libro tiene un coloquio tonto, del que se debían enterar todos los editores”. La llamada al pie que VP colocaba tras estas suspicaces palabras aclaran parcialmente el sentido de ese “coloquio tonto” enderezado a los editores (1968: IV, 1090, n. 1): “Al que esto escribe, le ocurre lo contrario del diálogo aludido. Quiere poner más páginas y nombre en esta Literatura,

¹⁸Aunque más abajo ofrezca algunas pinceladas sobre el recurso que encontró VP de acortar el estudio de autores y obras en su *Historia de la literatura española*, en las dos continuaciones a la parte que ahora entrego se podrán valorar los desequilibrios que el último volumen de la obra sufrió por estos apremios finales (aunque, como era razonable, el historiador trató de acompañar las carencias de lecturas críticas con razones justificativas enfocadas a paliar las disparidades que se estaban originando).

y le advierten que el tomo y el tiempo se alargan. Por eso, acaso, algunas páginas de este volumen vayan como apéndice".¹⁹

Como consecuencia de haberse saltado el ultimátum que le había dado, a inicios de octubre el editor catalán, que no había recibido los originales suficientes ni las correcciones que se requerían, ordenó dar a la imprenta el material que tenía, sin esperar reacción alguna por parte de VP [8-X-1968]:

Acabo de regresar de la Feria Internacional del Libro de Frankfurt y nuevamente he quedado muy contrariado al ver que en estas fechas de octubre no tenemos todavía impresa la reedición de su *Historia de la literatura española*. Al quejarme de ello y tratar de responsabilizar a los Talleres gráficos de tan lenta marcha me han demostrado cuán imposible les ha sido llevar a cabo este trabajo en su ritmo normal, por el hecho de haber ido usted completando con cuenta gotas los añadidos al volumen III, a lo que incluso ha seguido un apéndice, el cual, a nuestro modo de ver y a pesar de su interés, desdice totalmente del estilo crítico del resto de la obra, puesto que responde a un espíritu ensayístico.

Esta peligrosa extorsión de no disponer de ejemplares a la entrada de curso supone para nosotros una contrariedad, tanto mayor cuanto ya en febrero de 1966 concretamos con usted el arreglo a fondo de esta nueva edición. Al ver que se demoraba más de lo debido la preparación del original y por consiguiente su composición tipográfica e impresión, tuvimos la feliz idea, como le manifestamos en su día, de rescatar ejemplares de nuestros depósitos de

¹⁹Por la curiosidad y la ilustración de este coloquio tonto, lo transcribo íntegramente: "COLOQUIO TONTO (En voz baja, a Concha Contreras, que odió siempre los libros de muchas páginas). (Suena el teléfono). EL AUTOR (Parsimonioso) ¡Hola!... EL EDITOR (Reconociendo la voz) ¡Ah!, ¿es usted? ¡Qué suerte! EL AUTOR (Que a su vez capta la destemplanza habitual del editor) Si no me explica... EL EDITOR (Imperativo) ¡Como no! Le explico. Me falta original para relleno del pliego 15. (Seco) ¡Urge! EL AUTOR Bien, pero yo no soy ningún fabricante de embutidos literarios. Necesito tiempo. EL EDITOR (Despiadado) No lo hay. El libro se halla en máquina y andamos con apuros. EL AUTOR (Suplicante, plegándose ya a la voluntad monetizada del editor) Concédeme al menos 24 horas de gracia. EL EDITOR (Inflexible) Ni una. Envíe leña vieja. EL AUTOR No me gusta el procedimiento. EL EDITOR No importa. Haga un esfuerzo. ¡Al diablo los escrúpulos! EL AUTOR (Viendo una salida) Vamos a romper la unidad del volumen. EL EDITOR En modo alguno. Conozco el truco. La obra no sufrirá, se lo aseguro. Es cosa de separar y armar como Dios manda. EL AUTOR (Cansado del forcejeo) Estamos. Todo sea en aras de la velocidad... y del negocio. Le mandaré unas páginas perdidas en la hojarasca de los diarios. EL EDITOR O. K. (Cuelga el auricular de un manotazo)", F. Contreras Pazo, *Cuando la semilla muere intacta (los trabajos de una española en Montevideo)*, Medina, Montevideo, 1956, pág. 230.

América. Lamentablemente ni con este parche hemos podido empalmar, como holgadamente teníamos previsto, y ello es causa de que ahora recibamos constantemente cartas desde varias Repúblicas hispanoamericanas quejándose de la falta de libros y rebajando alguno de sus pedidos, puesto que ya no suplirán la entrada de curso. En otras capitales del Hemisferio Sur ya empezaron los cursos con la substitución forzosa de su obra por otra, tras lo cual a veces resulta imposible reponer el texto anterior!

Realmente, estimado señor Valbuena, todo tiene un límite y ello me ha forzado a dar ya la orden de tirada de los pliegos finales, previamente corregidos y bien ordenados, que espero estén listos par la encuadernación mañana o pasado. Trataré de anticiparle un ejemplar.

Siguiendo sus deseos, si bien como ya le indiqué ello trae una perturbación considerable de orden administrativo, tanto en las librerías como en nuestra editorial, para evitar un mayor retraso, hemos optado por sacar los tomos ya terminados acompañados de un cupón que da derecho a recibir complementariamente la última parte.²⁰

La edición de esta última parte (vol. III) iba a salir actualmente de una extensión desorbitada y por tanto nos hemos visto forzados a dividirla en dos tomos, los cuales, además, no serán más delgados que los dos primeros, con lo que su obra a partir de ahora constará de 4 tomos en total.

[...] Creo que usted tiene todavía más material para añadir, pero por las razones antes expuestas tenemos que poner punto y final, aparte de que nunca cesaría usted de disponer de más aportaciones de obras y autores.

Le repito, siento mucho que a pesar de nuestras previsiones y esfuerzos (casi 3 años), tengamos que sacar de momento la obra incompleta y todavía a últimos de octubre o primeros de noviembre, puesto que a estas alturas tampoco podemos forzar a los encuadernadores.

El “espíritu ensayístico” que había encolerizado a GGj guardaba relación con las numerosas pinceladas autobiográficas, anecdóticas y hasta humorísticas que se encuentran diseminadas por estas páginas. Valgan como ejemplos estos pocos que he espigado y que descubren el carácter de las notas que debieron de malhumorar a GGj. Al comentar la obra literaria de Medardo Fraile (1968: IV, 1164), a quien le dirigió la tesis doctoral, decía que “fue colaborador de *Ya* —que aunque *beato* es muy buen periódico— y de la agencia “Logos” —menos *beata*— y de *ABC*”. Entre estas líneas recordaba que una de sus obras, *A la luz cambian las cosas*, se publicó “nada menos que en Torrelavega” (y agregaba un enigmático y desconcertante “yo me en-

²⁰En el tomo I había pegado un cupón recortable que permitía adquirir el resto de la obra.

tiendo”). Comentando una entrevista en *Pueblo* a Fernando Arrabal, donde su entrevistador, Jesús Hermida, decía de él que sentía “un gran respeto por este español, retaco, hermoso y contrahecho, feo y guapo, niño y viejo, ‘ardiente’ y místico a la vez”, VP advertía que “‘ardiente’ es un eufemismo, que he puesto en vez de una palabra equivalente, de raigambre muy castiza, para que no se extrañen los lectores ‘sesudos’ de este libro” (1968: IV, 1165 y n. 2). Por no alargar más este muestrario de ejemplos, termino con una nota sobre la interpretación poética de la “‘Venus del espejo’ velazqueña” de Manuel Mantero (1968: IV, 1100, n. 2), que le traía a las mientes

[...] el chiste del cura viejo que, respecto a un joven desconocedor, dijo que los “curas jóvenes sabían mucha teología, pero que de otra cosa ni una palabra”. [...] Alguno cumple por ahí sesenta. Como si cumpliera ochenta. Y, sin ironía; se trata de un gran poeta y buen amigo. [...] Por comentar “con amor”, se verá que apreciamos mucho esta poesía de Mantero. Sólo con los hermanos se pueden gastar bromas.

Pese a esta andanada de GGj, todavía VP albergaba la esperanza de corregir pruebas compaginadas de ese tercer tomo (que se dividiría en dos), pero GGj le aclaró [23-X-1968] que prescindiría de enviarle tales pruebas, pues la obra “se va imprimiendo a medida que se corrigen” las galeradas, ya que “es vital que el libro salga este año mismo”. No cabe dudas, por tanto, de que esta última versión, en la que el editor le dio carta blanca para que la rehiciese según sus nuevas perspectivas histórico-críticas e incorporase todo lo que en anteriores ocasiones había tenido que desechar, tampoco llegó a salir según la voluntad del autor. La evidencia de que en buena medida la obra se le escapó de las manos la tenemos en la serie continuada de justificaciones que, para excusar las ausencias de nombres y títulos, se detectan a partir de la parte reelaborada en profundidad (es decir, a partir del capítulo “Las letras españolas al mediar el siglo” [1968: IV, 833-951]). Desde la lejana tercera edición del texto (1950: III, 825) el historiador hacía una confesión de descargo; declaraba que había intentado

[...] presentar el cuadro más completo posible de las letras en estos últimos años. Lamento las omisiones de libros publicados en América, que me son desconocidos, o los que, en España, hayan podido pasarme inadvertidos en mi residencia habitual.

En la siguiente edición revisada, a estos términos, que se mantuvieron intactos, se añadió los siguientes, que redundan en la continuada excusa por la imposibilidad de atender de forma completa y equilibrada el panorama de las letras españolas (1957: III, 872):

La importancia del ensayo español y sus temas, ha sido destacada. Es lástima que se nos pasen obras o autores, que no conozcamos. Esperamos en otra edición ir llenando estos involuntarios vacíos, que seguramente nuestro nuevo viaje a América, que acaso pronto realizaremos, nos ayude a completar.

Salvo la parte en la que anunciaba su probable estancia en Estados Unidos, lo demás (incluso la que tocaba a su “residencia habitual”, apreciación justificable desde la periférica Murcia, pero no desde Madrid, lugar en el que trabajó para preparar la octava edición) permaneció sin retoques en la última edición del texto (1968: IV, 1155-1156). Este simple ejemplo pone de relieve que, por razones de diferente calado que se han ido explicando a lo largo de este trabajo, el autor fue perdiendo el encanto que un día logró infundirle a su obra. A lo largo de muchos años vio cómo la editorial regateó esfuerzos materiales para mantener su obra actualizada en su totalidad; paulatinamente esto provocó que descuidase su sostenida labor historiográfica y llegase incluso a ver con cierto aborrecimiento aquella obra con la que alcanzó un lugar de prestigio en el panorama de las letras.

Pero ya en páginas anteriores de su *Historia de la literatura española*, al destacar a los novelistas más importantes desde finales de los cincuenta que recogía Eugenio de Nora en su panorama sobre la novela contemporánea que acababa de publicar, VP asumía que no podía citar otros nombres estudiados por Nora, no por “discriminación sino necesidad de terminar

este libro, que se ha alargado más de lo que pensaban el autor y la Editorial” (1968: IV, 941, n. 4). Ya en las últimas páginas del libro, como si acaso adivinase que no iba a tener más oportunidades de retocar su gran obra, a modo de epitafio, dejaba esta reflexión sobre la necesidad de clausurar su obra (1968: IV, 1168-1171):

El Tiempo, como la Muerte —o la Vida— tiene su doble filo. Lamento, que aun dando tiempo al tiempo, el estudio final de este libro se vaya haciendo interminable. Si el Arte es largo, y la vida, o la premura de la vida, es corta, se imponga adecuadamente un final. El panorama de las letras españolas [...] es cada vez más amplio y más rico. [...] Hay que cerrar el libro, pero aun así unas breves menciones o adiciones reparan lo que serían faltas por omisión, aunque no lo fueran totales [...]. Y lamentándolo mucho, pero el tiempo se impone, ponemos punto final a este libro.

EL DESENCANTO DEL HISTORIADOR Y LAS FRUSTRACIONES DE SU HISTORIA

Desde el punto de vista estructural, la última parte de la *Historia de la literatura española* requería una revisión a fondo en su octava edición, un complejo proceso de reescritura integral que pasaba por reordenar toda la parte desde prácticamente el periodo de posguerra en adelante. El historiador pudo sostener, mal que bien, la morfología de su obra hasta la revisión de la quinta edición (1957), en la que ya se avistan con más notoriedad las serias hendiduras que iban apareciendo. Sin embargo, la ordenada clasificación que antecede al periodo de la Guerra Civil y el concienzudo estudio de los autores más destacados de este periodo disimulaban parcialmente los trastornos de los últimos capítulos. Para la última edición ya existía una distancia de casi treinta años de creación literaria con respecto a la versión original de la *Historia*, y se hacía necesario recomponer en profundidad no solo la parte que afectaba a este periodo (en el que habían aparecido muchos nombres nuevos y más títulos), sino todo lo que concernía a las generaciones literarias del siglo XX, pues muchos de los escritores cuya producción

se había estudiado hasta 1937 valorando sus mejores y más destacadas contribuciones, habían continuado publicando obras relevantes que merecían algo más que una escuálida mención.

Lo que hizo VP fue continuar prácticamente el patrón marcado en las últimas revisiones, aunque esta vez, y por las facilidades de la editorial, lo varió un tanto. El capítulo sobre “La generación de 1935-40” (1957: III, 727-797) de la quinta edición fue dividido en dos: “La generación de 1935-40” (1968: IV, 756-796) y “La novela, el ensayo, la crítica” (1968: IV, 797-832). Sin embargo, los denominadores de los epígrafes se mantuvieron intactos, sin añadidos ni eliminaciones, y en cada uno de estos subcapítulos apenas encontramos adiciones mínimas (incluidas al final o en nota al pie) para justipreciar las últimas novedades literarias de estos escritores ya notablemente tratados en la versión de 1957. No ocurrió lo mismo, en cambio, con el capítulo que clausuraba la edición de la *Historia* corregida y aumentada en los años cincuenta; “Las letras españolas al mediar el siglo” (1957: III, 798-872) fue reformulado completamente en el texto de 1968, dando lugar a tres capítulos más: “Las letras españolas al mediar el siglo” (1968: IV, 833-951), “La poesía desde el mediar del siglo” (1968: IV, 952-1055) y “Ensayo, prosa, teatro, erudición, la mujer en las letras” (1968: IV, 1056-1074). Los aumentos y los cambios en los contenidos sí se hacen más evidentes, porque se trataba de la parte más frágil del texto del 57.

Los apremios para tener la obra cerrada antes del inicio de curso académico, obligaron, como se ha comprobado por los textos epistolares seleccionados, a ultimar y entregar los capítulos que tenía aún en preparación. Con más diligencia y empeño, VP habría conseguido integrar cada uno de los epígrafes que publicó en forma de apéndices en sus capítulos correspondientes y no al cierre de la obra, descontextualizados y sin un criterio

historiográfico justificativo.²¹ Simbólicamente, el resultado de esta parte de la obra, que ocupa el tomo cuarto, revela a las claras la paradoja que quintaesencia y descifra el proceso de revisión por el que atravesó la *Historia de la literatura española* de VP a lo largo de más de veinte años. Durante el periodo en el que la editorial centró todo su interés en mantener el grueso de la obra intacto y no retocar salvo lo estrictamente necesario (solo la parte última del texto, si podía ser), porque corrían buenos tiempos para las ventas y había que sobreponer la demanda del mercado a las necesidades de la *Historia*, a la que se le concedió durante años escasa atención, VP se lamentaba porque se le dejaba muy poco margen para mejorar en sustancia capítulos que exigían una revisión y se descartaban contenidos ya redactados por las urgencias que le estaba imprimiendo el editor. Así que GGj entendió que había agotado las posibilidades de reimprimir la obra y que esta no soportaba más reediciones mínimamente revisadas y aumentadas, llegó a un acuerdo con el historiador para brindarle lo que siempre le había negado: tiempo y libertad de maniobra para poder refundir la *Historia* sin mordazas.

En ese momento, VP vio serias dificultades para reescribir, a partir del esbozo que pergeñó en 1957, una breve historia de las letras desde mediados de siglo en adelante. Las restrictivas condiciones de edición impuestas durante los años cuarenta y cincuenta lastraron las esperanzas del autor por mejorar una obra en gestación que no pudo madurar al tiempo que lo hacía la creación literaria. Las cartas que comienzan a cruzarse editor y autor

²¹La improvisación que gobernó esta parte de la obra se detecta cuando descubrimos que algunos de los epígrafes que se publicaron como apéndices fueron creados a partir de artículos que el propio VP había publicado en el diario *Arriba*, de un carácter, respecto al tono y al estilo, muy diferente al de su *Historia de la literatura española*. El epígrafe “Valencia, violencia y llamas” (1968: IV, 1082-1085), en el que analizó un libro de María Nieves Fernández Baldoví, se corresponde con su artículo “Valencia, violencia y fallas”, *Arriba*, 22 de noviembre de 1964, págs. 23 y 25, mientras que la mayor parte del epígrafe “Poesía y crítica de arte” (1968: IV, 1091-1094) recoge prácticamente calcado su artículo sobre Carlos María Areán titulado “La poesía y la crítica de arte”, *Arriba*, 27 de febrero de 1966, pág. 28, al que le añadió algunos nombres más que estaban en la misma órbita.

desde la tercera edición en adelante evidencian los reiterados malentendidos que se generaban por los intereses opuestos que uno y otro abrigaban. El historiador, además de no tener muy claro cuál era el lugar exacto a partir del cual ampliar su obra sin limitaciones, no lograba transmitirle a la editorial sus intenciones sobre estas ampliaciones; cuando la editorial le conminaba a entregar el material para las adiciones de la parte contemporánea, VP improvisaba con urgencias un ensayo que atendía más a un hilvanado de nombres y títulos que a una crítica concienzuda de géneros, escuelas y tendencias. La atención y el esmero que el historiador le transmitió a la primera edición de su obra, cuando se dedicó con absoluta serenidad a ella (prácticamente no hay rastro de otras publicaciones suyas desde que se consagró a su redacción), contrasta de forma extraordinaria con la precipitación que se presiente al leer las páginas de los últimos capítulos de la obra en su versión de 1968, que eran improvisadas casi a vuela pluma tras acudir con urgencias a la lectura atropellada de las últimas novedades literarias.

En la continuación de este ensayo, en la que me adentraré con pormenor en cuestiones formales que afectan a la octava edición de la *Historia de la literatura española* (y principalmente al volumen cuarto, que fue el que más remiendos sufrió), podrá contemplarse sintomáticamente el reflejo en la obra mayor de VP de esta serie de malentendidos, urgencias y desilusiones que rodeaba el inicio y el fin de cada reedición. Desde la segunda edición (1946), la obra comenzó paulatinamente a desmejorar, y el proyecto que nació a inicios de los años treinta como una ilusionante empresa historiográfica, terminó cerrándose, en buena medida, con desequilibrios e incompleteces, síntoma de que la definición en forma y estructura de la obra, el aliento y empuje del historiador, y la amplitud y densidad del panorama literario habían dejado de girar en torno a un mismo eje. Los extractos de las cartas que a lo largo de este trabajo he sacado a colación son testimonios

elocuentes que ponen de manifiesto el anquilosamiento y el menoscabo que la *Historia* sufrió desde finales de los años cuarenta.

recibido: enero de 2015

aceptado: abril de 2015